

Semana Santa en Vitoria, en el siglo XVIII

En la Vitoria del siglo XVIII la cofradía de la Vera Cruz organizaba la procesión más importante del Jueves Santo, donde diversas cofradías y hermandades, tanto piadosas como de oficios, participaban con sus pasos, como el de la Última Cena de la Hermandad de sastrería y calcetería.

La Semana Santa se celebraba en la Vitoria de los siglos XVI, XVII y XVIII con gran solemnidad, gracias a las distintas cofradías que organizaban las procesiones. Unas eran cofradías piadosas abiertas a la participación general, y otras gremiales, reservadas a los miembros de un determinado oficio. Todas ellas manifestaban su importancia en la calle a través de su intervención en las procesiones y la suntuosidad de sus pasos. Destacaba la de la Vera Cruz, fundada en el siglo XVI, con sede en la parroquia de San Vicente. El Jueves Santo la cofradía celebraba una procesión de disciplinantes, uno de los acontecimientos más relevantes de la Semana Santa vitoriana de esta época.



Procesión de Viernes Santo – Hacia el año 1940
Ceferino Yanguas (AMVG)

Procesión de los Disciplinantes

Esta procesión se iniciaba al anochecer y la dirigía el párroco de San Vicente, así como los principales cargos de la cofradía. A la cabeza de la misma, iba el pendón de la cofradía portado por un miembro de la nobleza de la ciudad.

Le seguía el estandarte, el rector y los mayordomos de la cofradía, quienes dirigían la procesión. Tras ellos, la cruz de plata, acompañada por cuatro niños que llevaban en sus manos antorchas para iluminar el trayecto y que rememoraban en voz alta los acontecimientos de la Pasión. Luego iban los disciplinantes, descalzos y flagelándose la espalda. Tras ellos, el resto de los cofrades portando velas.

La procesión incluía varios pasos “devotos y primorosos”, como así lo

recogía Landázuri a finales del siglo XVIII, que representaban diversas escenas de la Pasión de Cristo, entre ellos la Última Cena, que pertenecía a la Hermandad de sastrería y calcetería de la ciudad. Este paso se guardaba durante todo el año en la Capilla de la Vera Cruz de la iglesia de San Vicente, hasta su salida el Jueves Santo. El cuidado del paso era una de las obligaciones que más interés tenía para los hermanos de la Hermandad de sastrería y calcetería. Los principales cargos de la Hermandad tenían a su cuidado “su limpieza y aseo” y debían encenderle dos velas todos los viernes del año.

El Paso de la Última Cena El Jueves Santo, antes de la procesión, se adornaba el paso con cuatro velones de cera que el Ayuntamiento donaba cada año a todos los pasos que participaban en la procesión de la cofradía de la Vera Cruz.

Los hermanos que deseaban llevar sus propias antorchas, tenían que acudir a la capilla media hora antes del comienzo de la procesión, para que los Veedores supieran cuántos hermanos iban a llegar las suyas propias y quiénes iban a portar las de la hermandad.



Procesión de Semana Santa por la Cuesta

Todos los miembros de la hermandad de sastrería y calcetería, salvo los que estuvieran enfermos en cama, tenían la obligación de asistir a la procesión. Este paso era portado por los

hermanos más robustos y de semejante estatura, para que la seguridad se mantuviera.



El descendimiento de la Cruz, entrando a la calle Mateo Moraza. Año 1957. Foto ARQUÉ.

Nadie podía excusarse de este servicio, una vez que era elegido por los cargos de la hermandad. El resto de los hermanos sastres y calceteros acompañaba a este paso portando antorchas y faroles. Ese mismo día se hacían las cuentas del gasto ocasionado por la procesión, que se pagaba a escote entre todos los hermanos cofrades. Con esta cantidad los Veedores debían abonar al cerero la cera gastada durante la procesión. Esta procesión era el momento en el que la cofradía se manifestaba ante la ciudad en todo su esplendor, siendo signo de su estatus e importancia.

Finalizada la procesión, tenía lugar un refrigerio, compuesto por frutas y vino, a la que asistían todos los cofrades de la Vera Cruz y los curas. La frugalidad quedaba compensada por el abundante vino que se bebía. Los excesos en su consumo debían ser de tal grado, que el Consistorio decidió poner coto “atento al mucho gasto y disolución que había”, prohibiendo su celebración en el año 1552, ya que estos comportamientos no eran adecuados al ambiente de la Semana Santa.